

grandes maestros y discípulos y, finalmente, se introducen sus revolucionarias ideas sobre el universo.

El mismo esquema se sigue en la descripción de la vida y las ideas de los otros cuatro sacerdotes: Nicolás Steno, anatomista danés, converso al catolicismo y que estableció los principios básicos de una nueva ciencia: la Geología. Le sigue Lazzaro Spallanzani, primer científico que, entre otras cosas, practicó la fecundación in vitro. Otro capítulo se dedica al monje agustino, Gregor Mendel, creador de las leyes de la genética. Y cierra este grupo de científicos y sacerdotes el físico belga Georges Lemaître, al que se considera el padre de la teoría del Big Bang.

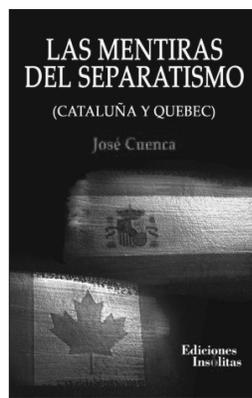
Mediante la presentación de estas cinco increíbles personalidades, el autor demuestra cómo la ciencia y la fe son perfectamente compatibles. Nos encontramos, en definitiva, frente a una obra destinada a desmontar los grandes prejuicios de la sociedad moderna en torno a la ciencia, la religión y la Iglesia. Se trata por tanto de un libro muy recomendable para todos aquellos que quieran adentrarse en el estudio de las relaciones entre ciencia y fe.

Leandro SEQUEIROS, SJ

Doctor en Ciencias Geológicas y colaborador de la Cátedra Francisco José Ayala de Ciencia, Tecnología y Religión (U.P. Comillas)

**CUENCA, José: *Las mentiras del separatismo (Cataluña y Quebec)*, Ediciones Insólitas, Madrid 2019, 234 pp. ISBN: 978-84-948825-7-9.**

José Cuenca (Iznatoraf, Jaén, 1935) ha sido, a juicio de gran parte de sus colegas de la carrera diplomática, uno de los profesionales con más ascendiente no solo intramuros de la profesión, sino también con más proyección sobre la acción exterior española durante el último tercio del siglo xx. Sus diferentes destinos en Madrid, Naciones Unidas y Londres, así como con el rango de jefe de Misión en la URSS de Mijail Gorbachov, la Rusia de Boris Yeltsin y el Canadá de Jean Chrétien le situaron, en los momentos precisos, en algunos de los puntos nodales de la geopolítica mundial contemporánea. A estas experiencias agrega el Embajador una estatura literaria, léxica y expresiva que otorga a sus escritos una fuerza de persuasión acreditada por la textura descriptiva de sus narraciones, argumentaciones y críticas.



De extracción ideológica cristiano-progresista, ya desde los tiempos de su formación universitaria en la Facultad de Derecho de Sevilla, exhibe el diplomático jienense una sólida vertebración intelectual signada por el imperio de la norma, axioma tan caro a tantos de los hacedores o gestores de la política internacional, como es el caso de los diplomáticos.

El Embajador nos ofrece en su último libro, *Las mentiras del separatismo (Quebec y Cataluña)*, un verdadero alegato contra el independentismo catalán sobre la base de su contraste con el movimiento de secesión registrado en la provincia oriental canadiense, referencia de quienes, desde aquí, proponen la segregación catalana del Estado español. Se trata de un texto informado y documentado, lleno de invitaciones a la reflexión juiciosa, bien que con un evidente sesgo polémico y combativo que aflora en su escrito de manera intermitente.

Acude a la lid con la soltura que le depara su conocimiento del secesionismo quebequés a través de sus protagonistas, Levesque, Bouchard, Landry, así como de sus adversarios, Trudeau, Chrétien, Dion, entre otros; estos últimos, con inteligencia, tacto y cultura política, consiguieron desactivar la vigorosa pulsión independentista de la rica y extensa provincia canadiense de Quebec tras dos referendos, en 1980 y 1995, en los cuales sus mentores rozaron la victoria. Errores propios y presiones también ajenas han logrado allí la práctica consunción, hoy, de una flama nacionalista —10 escaños de 125 en la Asamblea Nacional (llegaron a obtener 80)— tan encendida durante décadas por las diferencias objetivas de lengua, cultura y religión entre el Quebec francófono, interior y católico, y el resto de las nueve extensas provincias del Canadá.

Nadie podrá impugnar la pretensión del Embajador Cuenca por desbaratar argumentalmente el secesionismo, catalán y quebequés, como él se propone hacer. Pero sí resulta pertinente analizar el planteamiento con el que se aproxima al problema, desde una dimensión tan rigurosa como exclusivamente legal —desde las normas federales a las del Derecho Internacional y la jurisprudencia de la ONU—, puesto que no parece contemplar la importancia de la percepción de legitimidad que caracteriza, también y junto con la de la legalidad, el universo de lo político.

No todo es ley en la política. Invocando no solo el lema romano “sed lex dura lex”, como Cuenca invoca, conviene aquí evocar otro principio aplicado en la Roma imperial: “summus ius suma iniuria”, divisa autocrítica ésta que revisaba, precisamente, el extenso monopolio axiológico del Derecho en el universo latino. El que una aplicación muy estricta de la ley pueda llegar a convertirse en algo injusto, cabe señalarlo también a quienes, como José Cuenca, se plantean abordar la cuestión catalana únicamente desde la legalidad, lo cual les pone en riesgo de tratar tan grave asunto desde una óptica parcial e incompleta.

El binomio legalidad-legitimidad preside la vida estatal. Su armonía, armonizará el discurrir del Estado, pero la asintonía entre ambas dimensiones es la causa de

las alteraciones que estremecen a los Estados: ese divorcio preside hoy la percepción de una franja sustanciosa de la sociedad catalana.

No conviene olvidar que la fiebre por la denominada autodeterminación de los pueblos halló su principal mentor en Woodrow Wilson, presidente de la superpotencia estadounidense, quien encontró en su fórmula una vía -tan reivindicativa, para unos, como fantasmal, para otros- para solventar el problema que planteaba la desmembración de los imperios austro-húngaro y otomano tras la Primera Guerra Mundial. Aquella fiebre, inducida desde Washington, prendió en numerosos de los tres mil pueblos sin Estado que configuran las sociedades del mundo.

Cabe preguntarse por qué razón una causa como la del independentismo halla el mismo eco —y aliento— en importantes sectores de clases o segmentos sociales de Cataluña tan dispares como el mediano empresariado industrial y comercial; la alta burguesía; la clase media —media y baja—; buena parte del proletariado industrial; el mundo universitario; un buen puñado de intelectuales; más la *gauche divine*, otrora socialista hoy nacionalista, y la extensa clase clientelar formada durante 30 años de pujolismo...

Es preciso, con apremio, indagar sobre las causas de la percepción que lleva a dos millones de catalanes a dudar abiertamente de la legitimidad democrática del Reino de España, determinar las causas y los responsables políticos de esta consunción y las razones o sinrazones por las cuales se reclama desde las calles la nueva legitimidad de una república catalana independiente, ideada como Arcadia ensoñada al alcance de la mano, por unos, o percibida como oscura e inquietante quimera, por muchos otros.

De lo escrito se desprende que las fórmulas punitivas, coercitivas y semejantes, a las que se accede tras seguir cabalmente el curso de sus silogismos -fórmulas hasta ahora aplicadas a la realidad catalana por jueces y agentes del orden-, no sirven para conjurar de manera eficaz tamaño problema como el que implica el propósito de desgajar Cataluña de España. Como dice el diplomático jienense en su libro con relación a Quebec, sería preciso desplegar, también aquí, una pedagogía específica que explique el origen de tantos malentendidos como la inepticia política y la mala fe, por doquier tan extendidas, han proyectado sobre la historia real de este esquinado contencioso, que enraíza en la fronda bajomedieval de los payeses de remensa.

Rafael FRAGUAS DE PABLO  
Analista, periodista y sociólogo